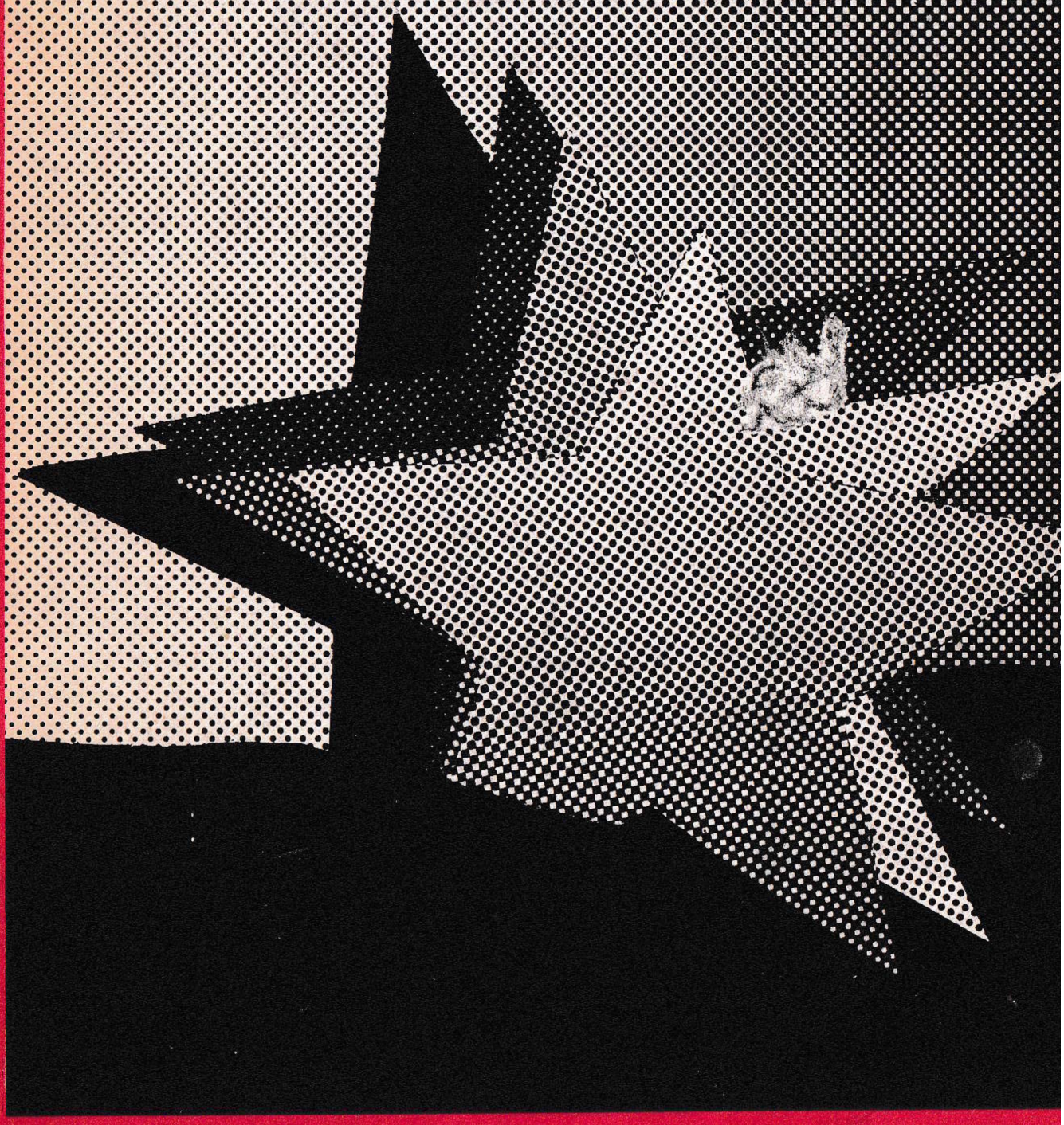
XX ANIVERSARIO

EN EL OCTAVO ANIVERSARIO 26 DE JULIO

RAUL CASTRO



EN EL OCTAVO ANIVERSARIO 26 DE JULIO

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO, HABANA, 1973

EN EL OCTAVO ANIVERSARIO 26 DE JULIO

RAUL CASTRO

EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES

DISEÑO DE CUBIERTA: Santos Toledo
DISEÑO INTERIOR: Oscar Hernández

Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro
Calle G No. 505, Vedado, Habana 4

En el VIII Aniversario del 26 de Julio

Hace ocho años, Cuba entera fue conmovida por una noticia que la prensa censurada y vendida, publicó tan sólo a medias y tergiversada: la noticia del asalto al cuartel Moncada, la fortaleza militar de la provincia oriental.

Lo que la mayoría de la gente supo entonces, aquel 26 de julio de 1953, fue que un grupo numeroso de jóvenes capitaneados por Fidel Castro, se había lanzado a una audaz operación militar para adueñarse del cuartel Moncada, que había habido fuerte lucha, que más de 80 jóvenes, una vez prisioneros, habían sido asesinados y que otros, en los días siguientes, habían sido apresados y encarcelados.

El 26 de julio de 1953 abrió una nueva fase en la historia de Cuba: la fase de la acción armada como método principal de lucha contra la tiranía batistiana y contra el dominio semicolonial extranjero sobre nuestro país.

Fidel, que en el juicio fue su propio defensor y acusador implacable de la tiranía y del régimen económico social existente en Cuba, expuso en el discurso ante el tribunal, conocido con el nombre: *La historia me absolverá*, las razones que movieron aquel asalto heroico que se convirtió en sangrienta inmolación y los fines políticos que se proponía alcanzar y desarrollar.

Aquel no era el asalto a una fortaleza para alcanzar el poder con la acción de un centenar de hombres: era el primer paso de un grupo decidido para armar al pueblo de Cuba e iniciar la revolución.

No era un *putsch* que tuviera el propósito de buscar un triunfo fácil sin masas; era una acción de sorpresa para desarmar al enemigo y armar al pueblo, a fin de emprender con éste la acción revolucionaria armada.

No era una acción para quitar simplemente a Batista y sus cómplices del poder; era el inicio de una acción para transformar todo el régimen político y económico-social de Cuba

y acabar con la opresión extranjera, con la miseria, con el desempleo, con la insalubridad y la incultura que pesaban sobre la patria y el pueblo.

Es verdad que entonces no tenía Fidel una organización que respondiera a esos planes y estuviera comprometida con ellos; es verdad que Fidel confiaba en que dado el estado político del país y el descontento existente, los combatientes se presentarían espontáneamente tan pronto hubiera armas y gentes dispuestas a comenzar y dirigir la acción; pero lo que importa destacar es que no se trataba de organizar una acción a espaldas de las masas, sino de conseguir los medios para armar a las masas y movilizarlas a la lucha armada; que no se trataba de apoderarse de la sede del gobierno y asaltar el poder, sino de iniciar la acción revolucionaria para llevar al pueblo al poder.

Tocaba a su fin el gobierno de Carlos Prío, que como los anteriores se desprestigiaría por la sumisión a los intereses imperialistas, por el gangsterismo, el robo descarado del tesoro público, la imposición sindical, la persecución al movimiento obrero, la clausura de su prensa revolucionaria y el asesinato de muchos de sus líderes. El Partido Auténtico, con el que llegara al poder, en el transcurso del mismo se había deteriorado enormemente, sufriendo grandes desprendimientos, careciendo totalmente de apoyo de masas. Conjuntamente con el Partido Auténtico formaban una coalición en el poder los liberales, demócratas y republicanos, conocidos con el nombre de "partidos de bolsillo", que representaban una exigua minoría de viejos políticos corrompidos y ladrones, representativos de los tradicionales sectores dominantes de la sociedad cubana, los hombres "corcho" acostumbrados a flotar a través de todas las mareas y tempestades políticas del país, como una muestra de que las anteriores sacudidas de nuestra vida republicana no habían sido lo suficiente fuertes para hundirlos definitivamente.

El pueblo estaba descontento, pero esperaba algún cambio en las próximas elecciones generales para las que ya todos se estaban preparando.

En el campo de la oposición figuraba como mayoritario el Partido Ortodoxo con gran influencia en la pequeña burguesía, el Partido Socialista Popular, con bastante influencia en la masa obrero-campesina, y el PAU, creado por Batista, con gente de su calaña y sin ninguna posibilidad de éxito. Los ortodoxos, muerto ya su fundador, Eduardo Chibás, re-

chazaban un pacto de unidad propuesto por el PSP, los que ofrecían apoyar la candidatura presidencial de los primeros; pero éstos, mientras rehuían la unión con otras fuerzas políticas abrían sus puertas y ofrecían importantes cargos en su dirigencia a gran número de viejos politiqueros, latifundistas, banqueros, plattistas en su mayoría, etc. No obstante con esa admirable disciplina y espíritu de sacrificios, característicos de los comunistas cubanos, pensando sólo en lo que más convenía a Cuba en aquellos momentos, a pesar del rechazo ortodoxo y de las diarias advertencias de sus principales dirigentes de que no querían pacto con los comunistas, sobre todo para que los oyera bien el imperialismo y les diera el visto bueno inevitable para poder ser gobernantes en la Cuba de entonces, el Partido Socialista Popular decidió apoyar la candidatura presidencial ortodoxa y llevar su propia candidatura independiente para senadores y representantes con un programa de medidas de fondo, contra el imperialismo, el latifundismo, la discriminación, el desempleo, el asalto a los sindicatos y el mujalismo.

De esta forma ya era indudable que, siendo los ortodoxos el partido mayoritario de la oposición, contando además con el respaldo y la influencia del Partido Socialista Popular, les era fácil alcanzar el triunfo en las próximas elecciones generales.

Así estaban las cosas en Cuba, cuando el 10 de marzo de 1952, a 80 días de las elecciones se produce el golpe de estado, encabezado por Batista y auspiciado por el imperialismo, para reforzar el semicolonialismo y prevenir un triunfo electoral ortodoxo, que si por su alta dirigencia no tenía nada que temer, por las masas que lo apoyaban y las demandas que éstas exigirían con posterioridad al triunfo, y que no se conformarían con las formales libertades, sí tenían mucho que temer.

El gobierno se desmoronó como un merengue en cuestión de horas y el presidente Carlos Prío, huía cobardemente.

La indignación nacional fue general; las masas salían a la calle pero volvían desalentadas a sus respectivos hogares, poniéndose inmediatamente de manifiesto la incapacidad y las vacilaciones que durante los siete largos años de la lucha contra Batista, mantendrían los dirigentes oposicionistas que hasta unas horas antes, se mataban por subir a las tribunas y se cansaban de gritar al pueblo de que ellos eran los mejores y más capaces para dirigir el país.

Con el golpe de estado, al producir la crisis política del país, parejamente se producía una crisis mayor aún, por ser de carácter definitiva, en la dirigencia del Partido Ortodoxo, los alejados del poder, que tan cerca tuvieron en las manos, dieron rienda suelta a todas sus debilidades, ambiciones e incapacidades, con las excepciones que todos conocemos.

Por lo tanto, ni ese partido, ni las facciones innumerables en que se dividieron sus dirigentes oficiales podrían ofrecer un camino ni mucho menos un programa de lucha a la masa que estaba ansiosa de algo más que libertades a secas y que manifestaban antes del golpe de estado, que ya apetecían algo más que el microprograma de la honradez administrativa, que nada resolvería; una masa que empezó a comprender, que el reciente golpe reaccionario no era contra el gobierno que estaba en el poder sino contra ella misma y sus honradas aspiraciones. Y frente a tal situación no servía una dirigencia que predicaba el quietismo, bajo actitudes "dignas", quejas inoperantes a la OEA, y consignas débiles, como no comprar zapatos ni ropas, no ir al cine, comprar lo menos posible, repudio moral, etc., etc., con las cuales no hubieran siquiera hecho temblar ni a un alcalde de barrio.

Lo peor de todo era que con su influencia y sus prédicas eran un verdadero obstáculo para movilizar las masas populares a la acción revolucionaria contra la tiranía, entorpecían a la unidad de acción de las fuerzas revolucionarias porque sus más altos dirigentes practicaban y predicaban el anticomunismo, sin el cual ningún dirigente burgués recibía el visto bueno de los yanquis para llegar al poder. Por tales motivos la tarea que teníamos por delante era mucho mayor: luchar contra Batista y contra lo que muchos de los líderes oposicionistas representaban.

Las consecuencias no se harían esperar; habían transcurrido cinco meses desde el asalto de Batista al poder y se aproximaba el primer aniversario de la muerte de Chibás, a su tumba irían miles de ciudadanos más a rendirle honor a su persona y aprovechar la oportunidad para hacer una demostración contra la tiranía, que para oír las palabras vacías, como siempre, de sus oradores. En aquella oportunidad circuló entre la multitud un pequeño periódico de varias hojas mimeografiadas nombrado *El acusador*, que dirigía Fidel conjuntamente con varios ortodoxos. En el mismo aparecía un artículo titulado "Recuento crítico del Partido Ortodoxo" y que, firmado por Fidel, expresando el sentimiento

de las masas ortodoxas, en algunos de sus párrafos decía: "Por encima del tumulto de los cobardes, los mediocres y los pobres de espíritu, es necesario hacer un enjuiciamiento breve, pero valiente y constructivo del movimiento ortodoxo, después de la caída de su líder Eduardo Chibás.

"Quien crea que hasta ahora se ha hecho bien, que nada tenemos que reprocharnos, ése será un hombre muy poco severo con su conciencia.

"En aquellas pugnas estériles que sobrevinieron a la muerte de Chibás, aquellas escandaleras colosales, por motivos que no eran precisamente ideológicos, sino de sabor puramente egoísta y personales, aún resuenan como martillazos amargos en nuestra conciencia.

"Aquel funestísimo procedimiento de ir a la tribuna pública a dilucidar bizantinas querellas eran síntomas graves de indisciplina e irresponsabilidad.

"Inesperadamente vino el 10 de marzo. Era de esperar que tan gravísimo acontecimiento arrancara de raíz en el partido las pequeñas rencillas y los personalismos estériles. ¿Acaso fue totalmente así?

"Con asombro e indignación de las masas del partido, las torpes querellas volvieron a relucir. La insensatez de los culpables no reparaba en que la puerta de la prensa era estrecha para atacar el régimen pero en cambio muy ancha para atacar a los propios ortodoxos. Los servicios prestados a Batista con semejante conducta no han sido pocos.

"Nadie se escandalizará de que tan necesario recuento se haga hoy, en que le ha tocado el turno a la gran masa que en silencio amargo ha sufrido estos extravíos y ningún momento más oportuno que el día de rendir cuentas a Chibás junto a su tumba.

"Esa masa inmensa del Partido Ortodoxo está puesta en pie, más decidida que nunca. Pregunta en estos momentos de sacrificio... ¿Dónde están los que aspiraban..., los que querían ser los primeros en los puestos de HONOR DE LAS ASAMBLEAS Y LOS EJECUTIVOS, los que recorrían términos y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puestos en la tribuna y ahora no recorren términos, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor de la primera línea de combate...?

"Quien tenga el concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que

creen en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, PORQUE ESOS VACÍOS SON OCUPADOS BIEN PRONTO POR LOS HOMBRES ENTEROS QUE SALEN DE LAS FILAS.

"El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular, que salve a Cuba."

Fidel expresaba en ese artículo la misma preocupación de las masas ortodoxas y se había decidido a publicar esas opiniones después de varios meses de tocar las puertas de aquellos políticos a los que Batista y el imperialismo, con su golpe de estado y las magníficas consecuencias que del mismo se han derivado en nuestros días, habían colocado una cruz con las clásicas siglas del E.P.D., sobre sus tumbas de hombres públicos. Siete años más tarde le tocaría el turno a Batista y el imperialismo que luchó por mantenerlo, a éstos en Cuba los enterró el pueblo con su revolución de enero.

La masa ortodoxa quedó como un ejército cuyos jefes se dieron a la desbandada para siempre, su juventud seguía participando de cuantos actos de calle se propiciaban contra la tiranía, mientras de sus filas humildes iban surgiendo sus nuevos líderes. Con la lucha se iba evolucionando políticamente y así sucesivamente, mientras se combatía a la tiranía, se hacían círculos donde se estudiaba el marxismo, se imprimían folletos, hojas sueltas, pequeños periódicos mimeografiados, templándose para la lucha. Muchos ingresaban en la Juventud Socialista.

Pasan unos meses más y el 28 de enero de 1953, centenario del natalicio de José Martí, parte de la escalinata universitaria una imponente manifestación donde participan los obreros, estudiantes, empleados y pueblo en general, y entre esa muchedumbre se destacaba un grupo de varios miles de jóvenes que, ocupando seis cuadras, marchaban de tan perfecta formación que llamaba poderosamente la atención. Al frente de ellos iba Fidel. Eran los jóvenes, en su mayoría del Partido Ortodoxo, que ya habían encontrado un jefe e iban en busca de nuevos caminos de lucha.

La terquedad y la ceguera de Batista, creyéndose omnipotente, y la función específica de perro guardián del imperialis-

mo habían situado al país en un callejón sin salida. Pacíficamente lo único que podía lograrse sería una componenda entre las diferentes dirigencias de partidos burgueses que se disputaban el poder a espaldas del pueblo en contra de sus intereses. De los cuatro partidos que junto al Auténtico formaban la coalición del gobierno de Carlos Prío, a los dos días del golpe se adhirió a Batista el Republicano, y antes del año, ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder junto a Batista. Es una muestra de que la política en Cuba era un "cachumbambé" de bandidos. En la clase obrera se intensificaba la destitución de sus líderes honestos, la imposición gangsteril de falsos dirigentes, el asalto a manos armadas de los sindicatos, la pérdida paulatina de muchas de sus conquistas; la ofensiva patronal aliada a Mujal y al imperialismo profundizaban la división teniendo como bandera el anticomunismo, cuidadosamente alimentado por la embajada yanqui a través de sus agentes en los cargos dirigentes de la CTC. Todo esto hacía que estuviera muy lejano el momento en que el movimiento obrero de masas alcanzara las formas explosivas de lucha.

En el campo, la ahora desaparecida Guardia Rural, esa especie de policía política rural, jugaba el mismo papel que los actuales carabineros en otros países hermanos del continente. No permitían siquiera que nuestros campesinos se reunieran para crear una asociación campesina que les permitiera luchar por sus más inmediatas demandas, y sólo subsistían algunas que, a duras penas, habían podido soportar las embestidas de los geófagos y sus defensores de la Guardia Rural, como las del Realengo 18, Las Maboas, el Cobre.

Los estudiantes, cada vez que tenían oportunidad, salían a las calles en manifestaciones y encuentros con la policía. Pero a pesar de su creciente combatividad, no dejaban de ser un pequeño sector que mantenía en alto su heroica tradición de lucha, que constituían un factor permanente de agitación, pero que por sí solos, muy poco o nada podían hacer.

Estábamos de acuerdo y teníamos conciencia de que era necesario para destruir la tiranía, poner en marcha el movimiento de masas, pero, con los antecedentes expuestos ¿cómo lograrlo? Por aquellos tiempos Fidel decía: "Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande."

El motor pequeño era una acción inicial con aquellos jóvenes que, marchando casi militarmente, lo seguían aquel 28 de enero de 1953, y que, unas veces en pequeños grupos introducidos en la universidad y, otras, en pequeñas fincas propiedad de campesinos amigos en el interior de la provincia de la Habana, habían ido recibiendo instrucción militar elemental, con manejo de armas y algunas prácticas de tiro.

Eran jóvenes humildes, en su mayoría obreros, empleados y algunos campesinos de La Habana y municipios del interior de la provincia y también de Pinar del Río. Se destacó Artemisa por la cantidad de magníficos combatientes jóvenes que proporcionó, muchos de los cuales fueron cayendo a través de la lucha en los años posteriores. Algunos llegaron a ser heroicos combatientes del cuartel Moncada, firmes revolucionarios en la cárcel y el exilio, expedicionarios del "Granma", valientes oficiales guerrilleros y fundadores del Ejército Rebelde, como Ciro Redondo y Julio Díaz, héroes de nuestra juventud que, como tantos otros, cayeron en la Sierra Maestra, sin poder ver el triunfo de su causa. Como justo homenaje a su memoria, una vez acabada la guerra, después de siete años de ausencia y de luchas incesantes en hombros de su pueblo fueron trasladados a su ciudad natal de Artemisa. Así eran aquellos jóvenes, hijos de nuestro pueblo humilde que, aquel 28 de enero, iban detrás de Fidel, ya habían recibido alguna instrucción militar, preparándose para el camino de la lucha armada, único que veíamos con posibilidades de éxito. Mientras tanto harían acto de presencia en las manifestaciones, actos, o cualquier otro tipo de lucha contra la tiranía batistiana. Ya Fidel lo tenía decidido: el motor pequeño sería la toma de la fortaleza del Moncada, la más alejada de la capital, la que, una vez en nuestras manos, echaría a andar el motor grande, que sería el pueblo combatiendo, con las armas que capturaríamos, por las leyes y medidas, o sea, el programa que proclamaríamos. Sólo había una parte débil del plan: si fallábamos en la toma del cuartel, todo se vendría abajo. Una cosa dependía de la otra, el motor grande del pequeño; pero era una posibilidad, y detrás de ella nos lanzamos.

Se escogió el 26 de julio, domingo de Santa Ana, porque, como es sabido, durante esa fecha se encuentran en su mayor auge y desenvolvimiento los carnavales de Santiago de Cuba. Con tal motivo, miles de cubanos de otras partes del país,

incluyendo numerosos turistas de La Habana o santiagueros que, sencillamente, acuden a su ciudad natal para divertirse durante una semana en las tradicionales fiestas populares, lo que haría pasar totalmente desapercibidos a los hombres que se trasladarían desde La Habana hasta Santiago de Cuba como unos turistas más, de la misma forma que facilitaría, con el exceso de pasajeros y equipajes, el traslado de las armas.

Había transcurrido mucho más de un año desde que Fidel inició su tarea de ir aunando en un movimiento, hasta entonces sin nombre y conocido sólo por "el movimiento", a los mejores jóvenes ortodoxos que pudieron tener contacto con él.

Merecería varios capítulos, de un libro que recogiera ampliamente todo ese acontecimiento histórico, la etapa de preparación antes del ataque al Moncada; esta vez me limitaré a señalar los rasgos esenciales. De todos los recursos económicos con que contaríamos dependían en buena medida los efectivos militares de que dispondríamos, y por lo tanto, la suerte de la operación. Desgraciadamente se reunieron sólo unos veinte mil pesos, después de muchos sacrificios bastando tres ejemplos, por citar compañeros caídos, de cómo se consiguieron: Elpidio Sosa, vendió su empleo y se presentó ante Fidel con trescientos pesos "para la causa"; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida, y Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; y así sucesivamente. Es fácil imaginarse cómo se recaudaron los fondos, entre los que lo dieron todo y muchos después la vida. No hay con qué medir la distancia que separa la actitud patriótica y honrada de estos muchachos de la juventud cubana, con la de aquellos políticos que se gastaban millones en sus campañas electorales y no eran capaces de dar un centavo para liberar la patria. Y no creo que sería porque tendrían la seguridad de que también nos íbamos a liberar de ellos, porque entonces, ni ellos, ni mucho menos "su enemigo" Batista y el imperialismo, se imaginaban lo que vendría después.

Con tan reducidos recursos no eran muchas las armas, ni mucho menos, de calidad que pudiéramos conseguir. Una a una fueron compradas varias docenas de escopetas automáticas de cinco cartuchos calibre 12 y más o menos igual cantidad de pequeños rifles semiautomáticos calibre 22. Sólo con-

seguimos una ametralladora de mano marca Browning calibre 45 y una carabina M-1, varios rifles Winchester recortados, calibre 44, de los que usan los *cowboys* en las películas americanas de la conquista del Oeste y algunas pistolas de varios calibres. Ese era todo nuestro armamento, suficiente, entregándole un arma a cada uno, para armar unos 150 hombres. Semejante armamento era fácil adquirirlo con licencias falsas, usadas una y otra vez, en diferentes armerías, debido a que a pesar de la vigilancia y control de las ventas que sobre las armerías de la capital mantenía el régimen, nadie iba a imaginarse, por inconcebible, que fuese a ser atacada una fortaleza militar con escopetas de matar pájaros.

Los planes se iban desarrollando en medio de todos los sinsabores y dificultades imaginables de la estrechez económica, la vigilancia gubernamental, que si es cierto que para esa fecha no había adquirido la forma brutal e implacable de persecución sangrienta de los años próximos, no es menos cierto que era necesario conservar todas las reglas y adoptar las mayores medidas de seguridad propias de una lucha clandestina.

Dirigidos por Fidel, funcionaba un pequeño Estado Mayor, compuesto por Abel Santamaría, que era nuestro segundo jefe, José Luis Tasende, Renato Guitart, Antonio López Fernández (Ñico), Pedro Miret y Jesús Montané, de los cuales sólo Fidel y los dos últimos viven aún. Ñico López murió en el desembarco del "Granma", tres años después.

Entre esos compañeros eran distribuidas las tareas principales. Cada cual desarrollaba sus planes y exclusivamente conocía su tarea. Los demás hombres se agrupaban en células que venían a ser algo así como una escuadra de 7 hombres, después en grupos que comprendían varias escuadras y así sucesivamente.

Duras fueron las condiciones de trabajo en medio de tales circunstancias y no menos duras fueron las condiciones creadas por la hostilidad, humillaciones, subestimación, desprecio y burla que padecíamos en aquel ambiente de la "oposición a Batista", que no se sabe a quién le hacían más oposición, si a Batista o a los que de verdad trabajaban honradamente por hacer algo contra Batista. Aunque el pueblo y casi toda la juventud había estado perdiendo la fe en ellos, aún había muchos "jefazos" llenos de la "dignidad del quietismo", muchos altaneros que nos miraban por arriba de los

hombros, sobre todo a Fidel, muchos vanidosos y estrategas tomadores de café en conocidos restaurantes, los que sobre las servilletas que les entregaban para limpiarse la boca, trazaban los planes y las soluciones de los males de Cuba, todo sobre la base no muy bien disimulada, de sus futuras y personales aspiraciones.

Pero siguieron los planes adelante haciendo caso omiso a esas pequeñeces de los que, con el fragor de la lucha, la caída de Batista y el advenimiento de la revolución, se desmoronarían sus pedestales de barro y serían incapaces de soportar, comprender, y mucho menos asimilar la tempestad revolucionaria que en el transcurso de los próximos años los abatiría a todos en nuestro país: a ellos, seudorrevolucionarios, a Batista y al imperialismo. Perder la oportunidad y el camuflaje que nos brindaban los carnavales santiagueros, equivalía a tener que esperar otro año o intentar una movilización semejante, que no hubiera pasado inadvertida a los ojos alertas de la dictadura, en una ciudad pequeña como Santiago, si no es con la justificación antes mencionada. En Santiago, sólo se contaba con el joven Renato Guitart. Era suficiente por ahora. Para los trabajos a realizar allí se alquiló una pequeña finca con el pretexto de una pollería (hoy en la actualidad es una pollería de verdad) por la carretera que va de Siboney a Santiago, a unos 15 minutos en automóvil del último punto, donde se iban recibiendo y guardando en un pozo abandonado las armas que llegaban de La Habana, por las más diferentes vías y métodos.

En esta misma finca nos reuniríamos la víspera del ataque para recibir las armas, los uniformes y las últimas instrucciones.

Se alquilaron algunas casas en Santiago de Cuba, donde serían recibidos los combatientes y hasta se prepararon, sin la menor precaución, con pequeñas camas para dormir, ya "que estaban listas para albergar a numerosos jóvenes habaneros que en excursión venían a participar de los carnavales".

Dirigidos por el compañero Renato Guitart, conocedor de su ciudad natal, se iba acumulando información, movimientos y planos de la fortaleza militar, parejamente y en menor escala, trabajos similares se iban haciendo en la ciudad de Bayamo y se iban obteniendo datos de la sede del escuadrón militar de esta ciudad que, desde hacía cerca de un siglo, no veía librar en sus calles un combate por la libertad. Se iban aproximando los carnavales de Santiago, y con ellos, la

"hora cero", lo que en el argot revolucionario quería decir la proximidad de una acción importante. Con ritmo acelerado se iban haciendo los preparativos finales. En diferentes grupos iban partiendo los "excursionistas para los carnavales". Unos en ómnibus, otros por tren, el resto en algunos automóviles, alquilados o prestados, tomaban rumbo a la capital oriental unos 165 jóvenes, un médico y dos muchachas: Haydée Santamaría y Melba Hernández. Por cada uno de los que vino se quedaron 20 entrenados en La Habana y Pinar del Río que, por falta de armas, tenían que quedarse. Si hubiésemos tenido más recursos, utilizando el pretexto de los carnavales, de la misma forma que fueron 165 pudieron haber ido 1 650, aunque para haber obtenido un resultado victorioso en la acción, con mucho menos lo hubiéramos logrado.

Durante la noche del día 25 de julio, con el pueblo de Santiago de Cuba en medio de las calles, celebrando sus fiestas tradicionales, iban los combatientes que salían de los hoteles, donde se habían hospedado y casas previamente alquiladas, marchando en pequeños grupos, en automóviles, hacia la "pollería" en la carretera de Siboney. A media noche estábamos todos reunidos en la pequeña casa de madera con piso de mosaico, con la excepción de las disimuladas postas que mantenían la vigilancia y protección del lugar.

Nos vestimos con los uniformes militares idénticos a los del ejército de la tiranía, camisa y pantalón color amarillo, gorra de visera del mismo color, algunos con la corbata reglamentaria para este tipo de uniforme. Vestíamos igual que ellos para aumentar la confusión del enemigo; lo único que desentonaba con aquella indumentaria militar, casi perfecta, eran los escopetones con perdigones o los pequeños rifles calibre 22, idénticos a esos que se utilizan en los salones de tiro al blanco, existentes en algunas ciudades.

Una vez listos, desenvueltos estos últimos minutos dentro del más riguroso silencio, en voz baja Fidel nos expuso el plan, en sentido general, y las tareas específicas a los diferentes grupos que tenían que cumplirlas.

En su discurso frente al tribunal que lo juzgara más tarde, declaraba textualmente:

"La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto, igualmente, que el ataque se realizó con magnífica coordina-

ción. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m. tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba, y uno a uno, con exactitud de minutos y segundos previstas de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal: la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable, se extravió a la entrada de la ciudad, y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con 21 hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras [Mario Muñoz, Haydée Santamaría y Melba Hernández. *Nota del autor.*]; Raúl Castro, con 10 hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, precedido por una vanguardia de 8 que forzó la posta 3. Fue aquí precisamente, donde se inició el combate al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior, armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres que, al verse extraviados, sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo."

Sigue expresando Fidel: "Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, había 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y 10 en el Palacio de Justicia; de haberse hecho otra distribución el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues 20 segundos antes o 20 segundos después no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo, habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido

nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

"Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar a nuestros hombres en grupos de 8 y 10. La retirada fue protegida por 6 francotiradores, que, al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al Ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habrían sido insignificantes; el 95 por ciento de nuestros muertos fue producto de la crueldad y la inhumanidad cuando aquélla hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y sólo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud."

El grupo de reserva a que hace Fidel alusión y que se extravió, más tarde pudimos comprobar que se perdió en la ciudad; porque el automóvil que iba al frente del mismo desertó y, en su huida, se llevó el resto de los compañeros. Cuando se vinieron a dar cuenta estaban alejados del cuartel en una ciudad que no conocían. Es decir, que los hombres que atacaron al Moncada, contando los 21 del Hospital Civil, los 7 del Palacio de Justicia y los ocho que tomaron la posta tres, más los 45, al frente de los cuales iba Fidel fueron en total: 87 hombres.

De acuerdo con los planes de proseguir la lucha en las montañas si fracasaba el ataque, una vez de vuelta en la finca Siboney, Fidel, reunió algunos hombres, en total unos 18, con las armas y el parque que quedaba. Durante una semana ocuparon la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el ejército ocupó la base. Ni unos podían bajar, ni los del ejército se decidían a subir. En medio de un terreno con muy escasa vegetación, sin agua, el hambre y la sed fueron venciendo la última resistencia. Fidel tuvo necesidad de ir distribuyendo a los hombres en pequeños grupos, consiguiendo algunos filtrarse entre las líneas del ejército. Cuando sólo quedaban con Fidel dos compañeros, José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1º de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría, los sorprendió durmiendo. "Ya la matanza de prisioneros ha-

bía cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas."

Al día siguiente del ataque al Moncada, Batista habló a la nación desde La Habana. Meses después durante la denuncia de Fidel ante el tribunal que lo juzgara, preguntaba: "El 27 de julio, en su discurso del Polígono Militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 32 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaban 50."

Aquella mañana del 26, el primer prisionero asesinado por la espalda fue nuestro médico Mario Muñoz, aunque la verdadera matanza de prisioneros no empezó hasta las tres de la tarde, hora en que llegó de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del Ejército, del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que "era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar 10 prisioneros por cada soldado muerto"; orden que inmediatamente empezaron a cumplir con todos los que iban cayendo prisioneros. Como el propio Fidel denunciara: "No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azoteas y los disparos no cesaron un instante como instrumentos de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel; sesos y cabellos humanos chamuscados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre."

Todos nosotros teníamos instrucciones precisas de ser humanos en la lucha, y tratar respetuosamente a los prisioneros. Al frente de un grupo de tres, Ramiro Valdés, penetró en una barraca y tuvieron por un rato cerca de 50 prisioneros los que fuimos al Palacio de Justicia hicimos 9 prisioneros y en otros lugares también se les capturó prisioneros [illegible]

dos se les trató correctamente. En cambio ellos nos dieron un pago diferente.

El 21 de septiembre se inició la primera sesión del juicio en el mismo Palacio de Justicia, que dos meses antes, había tomado yo con una escuadra de combatientes.

Éramos más de un centenar de acusados, sentados en el banquillo entre combatientes, sospechosos y líderes políticos de diferentes partidos que, intencionadamente, fueron detenidos e introducidos en el proceso por orden expresa del gobierno. Entre ellos se destacaban Lázaro Peña y Joaquín Ordoqui. Otros acusados como Juan Marinello, no pudieron ser detenidos.

Durante todo ese tiempo, a Fidel lo habían mantenido incomunicado, separado de nosotros.

Fue el primero en declarar, por espacio de dos horas, al día siguiente. Autorizado por el tribunal a ejercer su propia defensa, ocupó un lugar entre los abogados defensores, y sus interrogatorios a los testigos, que desfilaban frente al tribunal, ya iban poniendo en claro algunos de los asesinatos; por lo que, violando abiertamente las órdenes del tribunal, el coronel Chaviano no lo volvió a presentar a juicio público. De ese modo fue desenvolviéndose en las sesiones sucesivas sin la presencia de Fidel.

Siguiendo su ejemplo, cerca de 30 acusados utilizamos el banquillo como tribuna de denuncia y, después de aceptar nuestra responsabilidad, íbamos señalando uno por uno todos los asesinatos y la forma en que fueron torturados nuestros compañeros. Al concluir el juicio, con una derrota política para la dictadura, fuimos condenados los que nos declaramos culpables, a penas de 13, 10 y 3 años de prisión. Unos días después, fuimos remitidos por avión al reclusorio nacional de Isla de Pinos. En Santiago quedaba Fidel incomunicado, el que días más tarde, a mediados de octubre, sería juzgado en juicio a puertas cerradas en un cuarto del Hospital Civil, en el que como único público tendría a los numerosos soldados que le servían de escolta.

20 En esa oportunidad y haciendo uso de la palabra en su condición de abogado que asumía su propia defensa, pensando que jamás el pueblo se enteraría de lo que allí decía, lo dejaron hablar libremente. Pronunció un valiente discurso que constituyó un formidable alegato y, como suele suceder en estos casos en que la razón la ponen en el banquillo de los acusados, se convirtió en el acusador.

En el presente artículo, hemos hecho mención de dicho discurso en lo que respecta a la acción misma del ataque al Moncada y en lo referente a los asesinatos posteriores que con nuestros compañeros cometieron los esbirros de la tiranía. Faltaba entre las cosas importantes que señalara, el programa que allí expuso a nombre del naciente movimiento revolucionario, que con la fecha del ataque al Moncada, en lo sucesivo se llamaría "26 de Julio".

El ataque al Moncada no era una acción encaminada solamente al derrocamiento de la tiranía, ni mucho menos independiente de la situación económica y social que padecía nuestro país.

Precisamente se apoyaba en el repudio total a Batista, a su gobierno y a lo que éste representaba. Se acentuaba la crisis general de nuestra estructura semicolonial, el desempleo aumentaba; los trabajadores, los campesinos, todos los sectores populares de nuestro país, manifestaban gran descontento, del que no era ajena nuestra burguesía, como consecuencia del estancamiento económico que padecíamos, y la competencia ruinosa que hacían los voraces monopolios imperialistas yanquis, los que no se inquietaban demasiado por los descontentos de la burguesía, sabedores que ésta se encuentra paralizada por el temor que tiene, sobre todo en América Latina, a que la clase obrera y los campesinos encabecen la lucha patriótica y democrática y alcancen el poder. Los monopolios imperialistas yanquis confiaban en que en la crisis la burguesía nacional se pondría a su lado contra la soberanía y la independencia de la patria.

Actuábamos convencidos de que nuestra acción tomando el Moncada, atacando simultáneamente el cuartel de Bayamo, con la intención de situar nuestras avanzadas junto al río Cauto, armando al pueblo con las armas arrancadas a los soldados de la dictadura, cortando los puentes de la carretera y el ferrocarril, ocupando el aeropuerto, las estaciones de radio, dirigiéndonos al pueblo con un programa cuya aplicación hubiera sido inmediata en el territorio que estuviera bajo nuestro control, de beneficio para obreros y campesinos, profesionales, pequeña burguesía y capas medias urbanas, etcétera, sería la chispa que desatara la tempestad revolucionaria por todo el país.

Y estas razones fundamentales de nuestra lucha no podrían faltar en el combativo discurso de defensa, acusación y programa que ante los intranquilos jueces. Que horas después

lo condenarían a 15 años de prisión) y los soldados atentos y boquiabiertos que lo custodiaban, pronunciaba Fidel el día del juicio. En medio del silencio absoluto se escuchaba con fluidez la palabra de Fidel. ¡Qué lejos de imaginarse estaban entonces aquellos jueces y soldados de que aquellas palabras de un prisionero, que estaba siendo juzgado en forma secreta como para que nadie se enterara de lo que allí se decía, años más tarde, para bien del pueblo, se convertirían en leyes de la nación!

"Dije que las segundas razones en que se basaba nuestra posibilidad de éxito —subrayó Fidel— eran de orden social, porque teníamos la seguridad de contar con el pueblo. [...] Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. La primera condición de la sinceridad y de la buena fe en un propósito, es hacer, precisamente, lo que nadie hace, es decir, hablar con entera claridad y sin miedo. Los demagogos y los políticos de profesión obran el milagro de estar bien en todo y con todos, engañando necesariamente a todos en todo. Los revolucionarios han de proclamar sus ideas valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos.

"Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria, en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión, si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrono a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida

es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morirse sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo, porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por las crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etc., que salen de las aulas con sus títulos deseosos de luchar y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustia están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: "Te vamos a dar", sino: "¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!"

"Quizás luzca fría y teórica esta exposición si no se conoce la espantosa tragedia que está viviendo el país en estos seis órdenes, sumada a la más humillante opresión política.

"El 85 por ciento de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indies unen la costa norte con la costa sur. Hay doscientas mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de trescientas mil caballerías de tierras productivas. Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo, si el campo hizo la independencia, si la grandeza y la prosperidad de nuestra

nación depende de un campesinado saludable y vigoroso que ame y sepa cultivar la tierra, de un Estado que lo proteja y lo oriente, ¿cómo es posible que continúe este estado de cosas?

"Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados... Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar el país es urgente, que hacen falta industrias metalúrgicas, industrias de papel, industrias químicas, que hay que mejorar las crías, los cultivos, la técnica y la elaboración de nuestras industrias alimenticias para que puedan resistir la competencia ruinosa que hacen las industrias europeas de queso, leche condensada, licores y aceites y las de conservas norteamericanas, que necesitamos barcos mercantes, que el turismo podría ser una enorme fuente de riqueza, pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendas griegas.

"Tan grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba doscientos mil bohíos y chozas; cuatrocientas mil familias del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones, cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; dos millones doscientas mil personas de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y dos millones ochocientas mil de nuestra población rural y suburbana, carecen de luz eléctrica. Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres, los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones; si el Estado se abstiene, construyen mientras pueden percibir un tipo elevado de renta; después no colocan una piedra más aunque el resto de la población viva a la intemperie; otro tanto hace el monopolio eléctrico; extiende las líneas hasta el punto donde pueda percibir una utilidad satisfactoria, a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días. El Estado se cruza de brazos y el pueblo sigue sin casas y sin luz." "El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no puede seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondi-

cionado diez o doce magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro que como aquél del Antiguo Testamento que derribó la ira del profeta, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la República sólo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla. Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saladrigas, cuyo estadismo consiste en dejarlo todo cual está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la "libertad absoluta de empresa", "garantías al capital de inversión" y la "ley de la oferta y la demanda", como habrán de resolverse tales problemas. En un palacete de la Quinta Avenida, estos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ya ni el polvo de los huesos de los que hoy reclaman soluciones urgentes. Y en el mundo actual ningún problema social se resuelve por generación espontánea." "Un gobierno revolucionario, después de asentar sobre sus parcelas con carácter de dueños a los cien mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas, procedería a concluir definitivamente el problema de la tierra, primero: estableciendo como ordena la Constitución un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola y adquiriendo el exceso por vía de expropiación, reivindicando las tierras usurpadas al Estado, desecando marismas y terrenos pantanosos, plantando enormes viveros y reservando zonas para la repoblación forestal; segundo: repartiendo el resto disponible entre las familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores para la utilización común de equipos de mucho costo, frigoríficos y una misma dirección profesional técnica en el cultivo y la crianza y facilitando, por último, recursos, equipos, protección y conocimientos útiles al campesinado.
"Un gobierno revolucionario resolvería el problema de la vivienda rebajando resueltamente el 50 por ciento de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo las infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción de viviendas en toda la isla en escala nunca vista, bajo el criterio de que si lo ideal en el campo es que cada familia posea su propia parcela, lo ideal en la ciudad es que cada familia viva en su propia casa o apartamento. Hay piedra suficiente y brazos de sobra

para hacerle a cada familia cubana una vivienda decorosa. Pero si seguimos esperando por los milagros del becerro de oro, pasarán mil años y el problema estará igual. Por otra parte las posibilidades de llevar corriente eléctrica hasta el último rincón de la isla son hoy mayores que nunca, por cuanto es ya una realidad la aplicación de la energía nuclear..."

Fidel resumía en sus conclusiones: "El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, juntos con la conquista de las libertades públicas y la democracia política."

No dejó Fidel de señalar en su discurso, entre otras cosas, que una vez alcanzado el triunfo, se depuraría el poder judicial, se confiscarían los bienes a todos los malversadores, se castigaría ejemplarmente a todos los autores de asesinatos políticos, se nacionalizaría el trust eléctrico y el trust telefónico, la devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y el pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la hacienda pública, aunque la nacionalización en sí misma, unida a la rebaja de las tarifas eléctricas y telefónicas compensaban los dos últimos puntos.

El programa de los combatientes del Moncada, con los reajustes necesarios que el desarrollo del proceso revolucionario nos impuso una vez en el poder, está siendo aplicado en su totalidad y los frutos rápidamente obtenidos están a la vista de todos.

Echando un vistazo hacia atrás, comprendemos que nuestra revolución ha avanzado más rápidamente de lo que todos nosotros calculamos. El decadente imperialismo yanqui no tardó en abrirnos fuego con todos los recursos de su inmenso poderío, en escala cada vez más violenta; el pueblo cubano, que recuerda con tristeza el pasado, admira el presente de progreso que ha de conducirlo a un futuro plenamente feliz, aferrado con firmeza a sus conquistas, luchando y dispuesto a luchar con toda la tenacidad que fuera necesario. "Sorprendido por un flanco —como dijera Fidel— en la guerra abierta que el imperialismo nos ha decretado, nuestro pueblo, por salvar su revolución, se ha visto obligado, frente a cada golpe, a contraatacar con otro golpe, y frente a cada agresión, a dar un paso al frente, por lo que "gracias al im-

perialismo", en un breve período de dos años, con rapidez incalculable, al reivindicar la plena soberanía nacional, nacionalizar las empresas y latifundios yanquis y liberarnos del monopolio del comercio exterior norteamericano, cumplíamos a cabalidad la tarea nacional-liberadora de la primera etapa de nuestra revolución."

Con la reforma agraria, eliminando el latifundismo y entregando la tierra a los campesinos y obreros agrícolas, concluimos la tarea antifeudal y democrática de la revolución. Ya con la nacionalización de las empresas extranjeras y con la realización de la reforma agraria, la revolución realizaba, aun en su primera etapa, tareas de la revolución socialista, si se tiene en cuenta que las empresas nacionalizadas pasaron a ser propiedad de todo el pueblo y que la reforma agraria condujo a la constitución de numerosas cooperativas y granjas del pueblo. Con la nacionalización de las grandes empresas nacionales, la revolución entra definitivamente en la etapa socialista. Así, cuando en la tarde del 16 de abril de 1961, Fidel proclamó el carácter socialista de la revolución, no había hecho otra cosa que ponerle el nombre a un niño que ya había nacido.

El acontecimiento tenía especial importancia continental, porque era el primer país de América Latina que lograba alcanzar el inicio de meta tan codiciada y necesaria para el progreso de nuestros pueblos. Los años próximos dirán la última palabra y por mucho que pretendan evitarlo los imperialistas, las repercusiones de la revolución socialista cubana harán temblar todo el viejo andamiaje de explotación de América Latina.

El ataque al Moncada falló y el motor pequeño en ese momento no pudo echar a andar al grande. No pudimos vencer de entrada y fueron prolongándose los años de lucha, que resultaron de vital importancia para forjar bajo el fuego a la nueva generación, de donde surgirían probados y valiosos cuadros. Un año después del Moncada caía abatida por el imperialismo la Guatemala progresista de Jacobo Arbenz. Entre tanto los años mencionados fueron fortaleciendo paulatinamente a los países amantes de la paz y del campo socialista, encabezados por la poderosa y fiel amiga Unión Soviética, haciéndose aún más favorable la correlación de fuerzas internacionales para la victoria contra el imperialismo. Si no fuese así, si no pudiéramos contar con la ayuda de esas fuerzas, el imperialismo hubiera hecho pagar a nuestro pueblo

un río interminable de sangre, por haber tenido la audacia de sublevarse contra la explotación.
Para llegar a nuestros días, fueron de vital importancia los resultados históricos de aquel fracasado ataque al cuartel Moncada: en primer lugar, inició un período de lucha armada que no terminó hasta la derrota de la tiranía.
En segundo lugar, creó una nueva dirección y una nueva organización que repudiaban el quietismo y el reformismo, que eran combatientes y decididas y que en el propio juicio levantaban un programa con las más importantes demandas de la transformación económico-social y política exigida por la situación de Cuba y que, como consecuencia, rechazaban el plattismo de los viejos dirigentes que fueron dejados atrás, perdiendo influencia entre las masas.
Como una muestra concreta de tal pérdida, apareció en la sección "Cabalgata Política" de la revista *Bohemia* de fecha 4 de diciembre de 1955 lo siguiente: "Fidel Castro resulta un competidor demasiado peligroso para ciertos Jefes de la Oposición que durante estos tres años y medio no han acertado a tomar una postura correcta ante la situación cubana. Esos jefes lo saben muy bien. Se sienten ya desalojados por el volumen que va alcanzando el Movimiento Revolucionario 26 de Julio en la batalla antibatistiana. La reacción lógica de los políticos ante ese hecho evidente debiera ser enfrentar una acción política resuelta a la acción revolucionaria del fidelismo."
En tercer lugar, destacó a Fidel Castro, como el dirigente y organizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba.
Y en cuarto lugar, sirvió de antecedente y experiencia para la organización de la expedición del "Granma" y la acción guerrillera de la Sierra Maestra.
Fidel no se eleva a la dirección nacional de Cuba sólo porque demostrara valor y arrojo, firmeza y decisión en la organización del asalto al cuartel Moncada, sino porque expuso, junto a eso, el programa de la patria, el programa del pueblo. Y no sólo expuso ese programa sino que demostró la voluntad de realizarlo y enseñó el camino para conquistarlo.
Si Carlos Marx dijo de los comuneros de París "que intentaron tomar el cielo por asalto", del ataque al Moncada por varias docenas de jóvenes armados con escopetas de matar pájaros, alguien debiera decir que "trataron de tomar el cielo por sorpresa". Años después, en el "Granma", vendría de

nuevo el motor pequeño; habían madurado más las condiciones; no volvimos a confiarnos a los resultados exclusivos de una acción, haciendo depender los demás planes de los resultados de aquélla, sino en forma tal, que uno o varios fallos no hicieran fracasar la empresa. Y a pesar de los primeros y serios reveses que sufrimos los expedicionarios del "Granma" al inicio de la lucha guerrillera, la tenacidad y firmeza de Fidel al inculcarles a los pocos y primeros combatientes la idea de no darnos nunca por vencidos, mantuvo las guerrillas durante los primeros tiempos, logró el apoyo de los campesinos y los obreros agrícolas primero, de la clase obrera y el resto del pueblo después. Todo esto constituyó el motor grande que hizo caer a la tiranía e iniciar la revolución. No fue aquella mañana de julio de 1953, sino el primero de enero de 1959, cuando con una base firme, iniciamos la conquista del cielo, aquel que para un verdadero revolucionario, para un marxista-leninista, se conquista aquí en la tierra: el progreso, el bienestar y la felicidad de nuestro pueblo.

El 26 de julio es una gran efemérides de la revolución.

El 26 de julio es una gran fecha en la historia de nuestra patria.

El 26 de julio se prolonga en el "Granma", en la Sierra, en el llano; se materializa en enero de 1959, en el 17 de mayo de la reforma agraria, en la reforma urbana, en los cuarteles transformados en escuelas, en la nacionalización de los pulpos de la electricidad y los teléfonos, los bancos, los centrales azucareros y demás grandes industrias y empresas del país, lo que permitió a la revolución tomar en sus manos todos los principales resortes de nuestra economía, medida elemental para fortalecernos y seguir avanzando en medio de las circunstancias que nos rodean. Se enlaza y se continúa con la Declaración de La Habana, con la victoria de Playa Girón y con la proclamación del carácter socialista de nuestra revolución, que realiza en nuestra querida tierra cubana el más alto y querido ideal de la sociedad humana:

ACABAR CON LA EXPLOTACIÓN DEL HOMBRE POR EL HOMBRE.

Este título ha sido impreso
por la Unidad Productora
Federico Engels en
el mes de junio de 1973
«Año del XX Aniversario»